JACINTO BENAVENTE

70

BUENA BODA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

Archivo Teatral
MILLÁ 30

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

1905

602:11

BUENA BODA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Basada en la comedia *Un beau mariage*, de Emilio Augier
Representada en teatros de sociedad.

Archivo Teatral
MILLÁ
BARCELONA

PERSONAJES

EMILIA.
GABRIELA.
ENRIQUE.
FÉLIX.
D. CESÁREO.
MARTÍN.
UN CRIADO.

Archivo Teatral
MILLÁ
BARCELONA

BUENA BO

ACTO PRIMERO

Jardín de un hotel en los alrededores de Madrid.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE sentado y leyendo, después D. CESÁREO

D. CESÁREO

Buenos días, Enrique.

ENRIQUE

Muy buenos. ¿Cómo tan madrugador?

D. CESÁREO

Esta vida hace de mí otro hombre. ¡Ah, si yo pudiera desterrarme de aquel infernal Madrid para siempre!...

ENRIQUE

Acabaría usted por cansarse del campo, que ahora tanto le encanta por la novedad. Vea usted si no á la dueña de esta preciosa quinta, que obligada á pasar aquí algunas temporadas, no puede resistir esta vida monótona, y solo desea hallar un comprador á quien endosar la finca.

D. CESÁREO

Y no será difícil que lo encuentre...

ENRIQUE

¡Ya! Piensa usted comprarla...

D. CESÁREO

Sí. Es un sitio delicioso, ameno y saludable... Y luego tan cerca de Madrid...

ENRIQUE

Es verdad.

D. CESÁREO

Yo, querido Enrique, aunque bien conservado gracias á mi vida ejemplar y metódica, soy un viejo.

ENRIQUE

Si usted lo dice...

D. CESÁREO

No lo digo yo solo desgraciadamente; lo dice también la fe de bautismo. ¿Crees tú que por mi gusto no me quitaría una docenita de años sin reparo?

ENRIQUE

¡Bah! No ha de ser la gente tan curiosa que vaya á enterarse...

D. CESÁREO

La gente que á mí me importa, sí.

ENRIQUE

¡No comprendo!...

D. CESÁREO

Pues comprende. A ti, sin duda alguna, te habrá extrañado nuestra repentina venida de Londres, sin más objeto, al parecer, que pasar unos días con estas señoras que me habían invitado galantemente...

ENRIQUE

Así es.

D. CESÁREO

Te habrá extrañado también que se prolongue tanto nuestra permanencia.

ENRIQUE

Eso no. Estas señoras son tan amables, se desviven de tal modo por retenerle en su compañía... Además, si piensa usted adquirir la posesión...

D. CESÁREO

Vamos á ver, ¿no te parece que yo estoy muy mal?

ENRIQUE

¿De salud?

D. CESÁREO

No. Gracias á Dios soy un roble. Quiero decir... vamos, de vida. Ya sabes que siempre he sido algo extravagante. Enemigo del mundo y del trato de gentes, busqué un refugio desde mi juventud en el estudio, y solo por él y para él he vivido.

ENRIQUE

Cierto. Singularidad en quien, como usted, no necesitaba, por su posición...

D. CESÁREO

¡Vanidades! Pero, vamos al caso. De mí se puede decir que no he vivido en este mundo. Si las paredes hablaran, las cuatro de mi laboratorio podrían referir mi vida entera. Cuando la soledad empezaba á pesarme, la muerte de tu padre, mi único amigo, que te dejaba encomendado á mis cuidados, me proporcionó con tan sagrada misión el consuelo de tu filial cariño. Gracias á ti he podido permanecer soltero, sin echar de menos la dulzura de los afectos familiares. Pero ahora, ya lo ves, tú, como es justo, mirando á tu porvenir, te marcharás á tus minas apenas recibas el nombramiento, y yo me quedaré solo, solo, en manos de gente extraña... ¿No vale la pena de tomar una resolución? ¿Y cuál más lógica, más sencilla y más conveniente que casarme?

ENRIQUE

Ahora sí que lo comprendo todo, como dicen en las comedias.

D. CESÁREO

Ahí tienes el motivo de nuestra venida á esta quinta. Ahora dime tu opinión francamente.

ENRIQUE

¿Mi opinión? ¡Cómo quiere usted que yo, sin conocer!... En primer lugar, ¿de quién se trata? Aun cuando lo supongo...

D. CESÁREO

¿De quién ha de ser? De la madre, como es na-

tural. Una excelente señora, como habrás podido apreciar en estos días.

ENRIQUE

¿De modo que es cosa hecha?

D. CESÁREO

¡No tanto, no tanto!... Hasta ahora solo he indicado indirectamente mis pretensiones. Indirectamente también me han contestado que lo pensarían.

ENRIQUE

Aceptará, de seguro.

D. CESÁREO

Temo que la hija influya con su madre en contra mía. Como la pobre señora, viuda á los dos años de matrimonio, no ha tenido más cariño que el de su Gabriela...

ENRIQUE

Pero si Gabriela no tardará en casarse...

D. CESÁREO

Eso sí.

ENRIQUE

¿No tiene novio?

D. CESÁREO

¡Ca! ¡Bonita es la niña! Acostumbrada al mimo de su madre, no puede tolerar á ninguno. Hay que oirla hablar pestes de los hombres... Luego ha dado en la gracia de sospechar que á todos les

guía el interés de sus millones, y en notando á un galán falto de fondos, calabazas sin compasión.

ENRIQUE

¿No viene usted á corregir las cuartillas?

D. CESÁREO

¡Si vieras qué poca gana tengo!...

ENRIQUE

A ese paso no podrá usted publicar la obra cuando pensaba...

D. CESÁREO

¡Qué más da! Diré como el Mágico prodigioso:

Ya ni libros ni estudios quiero,
porque digan que es amor
homicida del ingenio;

lo que quiere decir, querido, á la vejez viruelas. Repasa las cuartillas, corrige sin miedo. De tu inteligencia no hay que temer.

ENRIQUE

Voy... ¡Ah! ¿Cuántos días estaremos aquí todavía?

D. CESÁREO

¡Qué sé yo! No depende de mí. De todos modos no serán muchos. Si me dicen que sí, no me parece bien quedarme. Si me dicen que no, entonces adquiriré la posesión sin la poseedora, y á lo menos tendré un retiro para la vejez.

ENRIQUE

¿Estaremos el jueves en Madrid?

D. CESÁREO

¡El jueves, el jueves! Sí, es probable.

ENRIQUE

Tengo que avisar á un amigo...

D. CESÁREO

Sí, el jueves. Hoy mismo expondré claramente mi pretensión. Estas cosas, cuanto antes...

ENRIQUE

Sí, no es bueno pensarlas mucho.

ESCENA II

Dichos, MARTÍN y un CRIADO

MARTÍN

(Al Criado.) Que no se molesten por mí, soy de confianza. *(Sale el Criado.)*

D. CESÁREO

¡Cómo! ¿Tú aquí?

MARTÍN

¡Tío! ¡Qué agradable sorpresa!

D. CESÁREO

¡Cuánto tiempo sin vernos!

MARTÍN

Verdad es.

D. CESÁREO

Cualquiera diría que estábamos reñidos.

MARTÍN

Bien sabes que si no te visito á menudo es por temor de molestarte. ¡Estás siempre tan ocupado!...

D. CESÁREO

¡Ya, ya! No te disculpes... Pero ¿á qué debo el placer de encontrarte cuando y donde menos lo pensaba?

MARTÍN

Tiene mucho que contar.

D. CESÁREO

¡Cuenta, cuenta!...

ENRIQUE

Voy á corregir las cuartillas.

D. CESÁREO

Sí. *(Sale Enrique.)*

ESCENA III

D. CESÁREO y MARTÍN

MARTÍN

¿Quién es ese joven?

D. CESÁREO

Enrique Gutiérrez, ingeniero de minas; un exlente muchacho, hijo de mi mejor amigo. Le quiero tanto, que no acierto á separarme de él. Además, su ilustración y su inteligencia me prestan su apreciable concurso en mis trabajos.

MARTÍN

¿Sigues con la chifladura de publicar un infolio todos los años? En casa tengo la colección de todas las obras, y una siempre á la cabecera; no hay remedio más eficaz contra el insomnio.

D. CESÁREO

¡Bah! Si tu opinión significara algo...

MARTÍN

Es la opinión de todo el mundo á quien le tiene sin cuidado la formación de las rocas, los estudios sobre terrenos terciarios, la composición química del sol y de la luna y demás zarandajas.

D. CESÁREO

Hablando de otra cosa: ¿qué historia es esa tan larga de contar, que me has prometido?

MARTÍN

Es verdad. Ya conoces, querido tío, el estado de mi peculio...

D. CESÁREO

El que era de presumir y tantas veces te predije sin resultado.

MARTÍN

¡Qué quieres! Me encontré joven, libre, rico... La juventud me hizo abusar de la libertad, la libertad de la riqueza, la riqueza de la juventud, hasta que del abuso, originándose la destrucción, me encuentro con que todo se ha perdido, menos la libertad, afortunadamente...

D. CESÁREO

¡Te veo! Aquí de tus mañas. Piensas hacerte pagar muy caro el sacrificio de tu libertad... Ahora me explico tu presencia en esta casa.

MARTÍN

Las señoras de Arambol, mis antiguas amigas, me habían invitado muchas veces á visitarlas un día este verano. Y encontrándome aburrido en Madrid, esta mañana tomé el tren, que en dos horas me ha dejado á un kilómetro de esta magnífica posesión.

D CESÁREO

¡Ah, pillo!

MARTÍN

Me comprendes. Y como estas señoras te estiman mucho, cuento con tu protección.

D. CESÁREO

¡Hacerme cómplice de tus picardías!

MARTÍN

Se trata de mi regeneración y... *questa è l'ora di riposar*, como cantan en «Los Hugonotes». ¿Y si te dijera que no me guía solo el interés?...

D. CESÁREO

¿Querrás hacerme creer que estás enamorado? ¡Como si no te conociera!...

MARTÍN

Y no me conoces. Apenas me has tratado, ni de mí has sabido nunca más que fechorías y calaveradas.

D. CESÁREO

No era fácil que supiera otra cosa.

MARTÍN

¡Bah!... Soy mejor de lo que parezco. Ultimamente, los apuros pecuniarios habían hecho de mí un perdido, pero con dinero soy la persona más cabal y más decente del mundo.

D. CESÁREO

Si estas señoras están enteradas de tu vida...

MARTÍN

Un poco... pero no importa. Á Emilia le soy muy simpático y me distingue mucho.

D. CESÁREO

Emilia es tan amable... pero Gabriela...

MARTÍN

Gabriela es una chiquilla tonta, con unas pretensiones...

D. CESÁREO

¡Ah! ¿Y dices que estás enamorado?

MARTÍN

Enamorado, precisamente, no. Pero en fin, muy predispuesto á estarlo.

D. CESÁREO

Martín, no lo sueñes. Gabriela no se casa contigo.

MARTÍN

¿Quién piensa en casarse con Gabriela?

D. CESÁREO

¿Cómo quién? Tú.

MARTÍN

¿Yo? Ni engarzada en oro la quiero.

D. CESÁREO

Entonces...

MARTÍN

Es con Emilia, con quien...

D. CESÁREO

¡Qué disparate!

MARTÍN

¿Disparate? Una mujer encantadora...

D. CESÁREO

Que puede ser tu madre.

MARTÍN

Exageras... Aún no ha cumplido cuarenta y dos años. Y no los representa. ¡Parece hermana de su hija!

D. CESÁREO

¡Déjame en paz! Contigo había de casarse... Necesitaba estar loca.

MARTÍN

Pero...

D. CESÁREO

Yo sería el primero en disuadirla, cumpliendo un deber de amistad.

MARTÍN

No quieras perderme. Esa boda es mi salvación.

D. CESÁREO

¡Es indigno!

MARTÍN

No me queda otro recurso.

D. CESÁREO

¡Así habla un hombre!

MARTÍN

Á menos que no me prometas dejarme por heredero universal tuyo.

D. CESÁREO

Y procure morirme lo antes posible. ¿No es eso?

MARTÍN

¡Qué cosas dices!

D. CESÁREO

Casi, casi, lo preferiría á verte convertido en un busca dotes.

MARTÍN

¡Tío!

D. CESÁREO

Sabré estorbarlo con todas mis fuerzas.

MARTÍN

Déjate de andanzas caballerescas... Emilia me quiere, y no es cosa de que por ti...

D. CESÁREO

¡Te quiere! ¿Y en qué te fundas?

MARTÍN

¿No ves, tío, que yo entiendo muy bien á la gente?... Las personas, como las fortalezas, se toman siempre por su lado flaco. Regla estratégica invariable: los hombres, en general, y las mujeres, en particular, prefieren ser admiradas por sus defectos á serlo por sus virtudes... Y se comprende... ¡La virtud se admira, porque es virtud... donde se encuentra, y los defectos solo donde se ama!

D. CESÁREO

¡Metafísico estás!

MARTÍN

No tengo un cuarto.

D. CESÁREO

En suma, ¿tú crees seguro el triunfo?

MARTÍN

Seguro. Conozco bien el terreno.

D. CESÁREO

Emilia es muy juiciosa y...

MARTÍN

¡Bah!

D. CESÁREO

Te digo que no puede ser.

MARTÍN

¡Vaya!

D. CESÁREO

¡Martín! Eso es indigno...

MARTÍN

¿Pero qué interés?... Hablemos claro. ¿Qué haces en esta casa?

D. CESÁREO

¿Yo? Lo que me da la gana. No tengo que darte cuenta de mis acciones.

MARTÍN

Hablemos claro. Empiezo á vislumbrar...

D. CESÁREO

Pués bien, sí, somos rivales.

MARTÍN

¿Es posible? ¿Tú? ¿A tus años?

D. CESÁREO

¿Cómo á mis años?

MARTÍN

¡Es ridículo!...

D. CESÁREO

¿Cómo ridículo?

MARTÍN

¡Qué disparate! ¡Una mujer encantadora, que puede ser tu hija!

D. CESÁREO

¡Martín!

MARTÍN

Necesitaba estar loca.

D. CESÁREO

¡Calla!

MARTÍN

Y yo seré el primero en disuadirla.

D. CESÁREO

¡Pobre de ti!...

MARTÍN

Cumpliendo un deber de amistad.

D. CESÁREO

¿Quieres la lucha?

MARTÍN

¡Ya lo creo! ¡La lucha por la existencia!

D. CESÁREO

¡Pues á luchar! Todos los medios son buenos.

MARTÍN

¡Guerra á muerte!

D. CESÁREO

¡A muerte!

MARTÍN

Con ciertas condiciones: Si triunfo, te comprometes á dejarme por heredero.

D. CESÁREO

Allá veremos. ¿Y si quedas vencido?

MARTÍN

Entonces me pagas todas las deudas.

D. CESÁREO

¡Hombre!...

MARTÍN

Algo he de salir ganando.

D. CESÁREO

Emilia viene...

MARTÍN

Conste que somos enemigos.

ESCENA IV

Dichos y EMILIA

MARTÍN

¡Señora!...

EMILIA

¡Bien venido! Veo que es usted de los pocos amigos fieles capaces de sacrificarse un día.

MARTÍN

¡Eso no!

EMILIA

¿Sabía usted que estaba aquí su tío?

MARTÍN

No, señora. He tenido esa agradable sorpresa.

EMILIA

A fuerza de ruegos he podido conseguir que nos acompañe una temporada. Pero sí, ¡acompañar!.. ¡Qué sabios estos! Todo el día se lo pasa en el pabellón independiente que le hemos destinado, entre sus librotes y sus pedruscos, faltando notoriamente á los deberes que le imponen nuestra hospitalidad.

D. CESÁREO

¡Emilia!

EMILIA

¡Sí, sí! Contenta me tiene usted... Esta mañana ni siquiera ha venido usted á saludarme.

D. CESÁREO

En este momento me dirigía...

EMILIA

Créalo usted, Martín. Me muero de fastidio. ¡Qué insoportable veraneo! ¡Sepultadas en estas soledades!

MARTÍN

¿Porqué no viaja usted?

EMILIA

¿Y adónde van dos mujeres solas?... ¡Mientras mi hija no me proporcione un acompañante, ha-

brá que pasar aquí los veranos, á trueque de achicharrarse en Madrid... Y usted, ¿no ha salido fuera este año?

MARTÍN

No, señora. Los negocios me han retenido en Madrid hasta ahora... En otoño sí pienso hacer una escapadilla á París, Londres...

EMILIA

¡No me hable usted! ¡Felices los hombres que pueden correr impunemente por esos mundos!... ¡Bien sabe Dios que, si por algo deseo ver casada á mi hija, es por desquitarme de estos años de reclusión!...

MARTÍN

¿Y si no congenia usted con su yerno?

EMILIA

Conmigo es muy fácil congeniar.

MARTÍN

Sin embargo... Él querrá vivir con su mujer, como es natural... y la dejarán á usted sola...

EMILIA

¡Eso sí que no! Mi hija se casará solamente á condición de no separarse de mi lado.

MARTÍN

Eso se dice y se promete; pero luego...

EMILIA

Es que yo haré que no tenga más remedio que vivir conmigo...

D. CESÁREO

¿Cómo?...

EMILIA

Casando á mi hija con un hombre sin fortuna. Así me casaron á mí, y los dos años de mi matrimonio fueron los más felices de mi vida. Mamá y su yerno se adoraban. Verdad es que mi Esteban era un ángel.

MARTÍN

¿De modo que piensa usted casar á su hija con un pobre de solemnidad?...

D. CESÁREO

¿Sin profesión alguna, para quitarle todo medio de emanciparse?

EMILIA

Eso no. En fin, yo me entiendo. Afortunadamente Gabriela se dejará llevar en todo de mis consejos.

D. CESÁREO

¡Fíese usted de Gabriela... Es de las de doble fondo.

EMILIA

¿Qué quiere usted decir?

D. CESÁREO

Desengáñese usted. A pesar de sus ideas contrarias al amor, Gabriela amará un día con toda su alma.

ESCENA V

Dichos y GABRIELA

GABRIELA

¿Hablaban ustedes de mí?

D. CESÁREO

Precisamente.

MARTÍN

¡Gabriela!

GABRIELA

¿Por fin tenemos una persona agradable que nos anime?

D. CESÁREO

Muchas gracias.

GABRIELA

No hay de qué. ¡Tendrá usted la ilusión de que nos divierte!... Ya puede usted recoger sus libros, si no quiere que mamá y yo decretemos un auto de fe.

MARTÍN

Siempre ha sido un hurón...

GABRIELA

¡Es insoportable!

MARTÍN

Has hecho bien en no casarte, porque hubieras hecho á tu mujer muy desgraciada.

EMILIA

Cierto que sí.

D. CESÁREO

Exageran ustedes.

GABRIELA

Vamos á ver, ¿ha descubierto usted la piedra filosofal?

EMILIA

No hay cosa más tonta que un sabio, la verdad sea dicha...

MARTÍN

¡Y después, nadie aprecia sus obras! y aun hay quien pone en duda su mérito y hasta su originalidad.

D. CESÁREO

¡Martín!

MARTÍN

Tus colegas académicos aseguran que tu última *Memoria*, tan celebrada, es obra de un joven desconocido.

D. CESÁREO

¡Envidias! ¡Calumnias! Ya sé quién ha hecho correr esas voces... Un amigo entusiasta de mi ayudante y protegido Enrique, revistero científico, poeta, novelista y qué se yo cuántas cosas más... Un *quidam* que me tiene declarada la guerra sin saber porqué. Y no pierde ocasión de molestarme, propalando la falsedad de que todas mis obras son de Enrique...

GABRIELA

Lo sentiría por él... es muy simpático.

EMILIA

¡Y gracias á él no nos hemos muerto de fastidio! Tiene una conversación muy agradable y es muy ilustrado.

ESCENA VI

Dichos, y un CRIADO con cartas y periódicos.

CRIADO

El correo...

MARTÍN

Yo, con su permiso, voy á quitarme el polvo.

EMILIA

(Al Criado.) Acompañe usted á este caballero. *(Salen Martín y el Criado.)*

ESCENA VII

EMILIA, DON CESÁREO y GABRIELA

GABRIELA

Carta de Joaquina.

EMILIA

¿Está usted de mal humor?

D. CESÁREO

Sí, señora. Acabo de tener un disgusto con mi sobrino.

EMILIA

¿Porqué?

D. CESÁREO

¡Es un loco, un perdido!... Ya lo sabe usted... Los acreedores le acosan, pide á todo el mundo, anda á caza de dotes...

EMILIA

¡Jesús!

D. CESÁREO

(Aparte.) Me parece que de esta hecha...

EMILIA

Algo había oído decir, pero...

D. CESÁREO

Todo es poco.

EMILIA

¡Vea usted! Un muchacho tan agradable...

D. CESÁREO

En visita. Pero tratado á fondo...

EMILIA

¡Me asusta usted!

D. CESÁREO

Eso sí. Él se cree irresistible, porque cuatro

mujeres de poco más ó menos se han dejado aprisionar en sus redes.

EMILIA

¡Y pensar que ha pretendido á mi hija!

GABRIELA

(Dejando de leer.) No hay cuidado. Penetré pronto sus intenciones. Sin embargo, de todos los que me han pretendido es el único á quien he perdonado. Me habló con franqueza, y no es pequeña virtud para estos tiempos.

D. CESÁREO

Por lo visto, Gabriela, ha sido usted muy desgraciada con sus pretendientes.

GABRIELA

¡Yo, no! Los desgraciados han sido ellos.

D. CESÁREO

Espere usted. El ideal aparece cuando menos se piensa.

GABRIELA

Dicen que soy muy exigente y no les pido más que desinterés.

D. CESÁREO

¡Ahí es nada!

GABRIELA

Ha habido alguno que se ha atrevido á preguntarme la edad de mamá. *(Abrazándola.)* ¡Mi pobre mamá!

EMILIA

¡Hija mía!

GABRIELA

Que me quieran como tú me quieres, y entonces veremos.

EMILIA

¿Qué dice Joaquina?

GABRIELA

Que se divierte mucho. Todos los días hacen expediciones, jiras...

EMILIA

¡Y nosotras aquí! ¿Qué dicen los periódicos? *(Leyendo.)* «Revista veraniega.» Carta de Biarritz... Allí debiéramos estar... ¿A ver? En Zarauz también se divierten mucho... Nada, yo no paso aquí otro verano... Hija mía, es preciso tomar una determinación.

D. CESÁREO

Cásese usted.

EMILIA

¿Yo? ¡Nunca!

D. CESÁREO

Ese nunca tan rotundo hace el elogio de su primer marido.

EMILIA

Eso no, era un hombre perfecto. Por eso mismo. La suerte es mudable y sería raro que me favoreciera dos veces.

ESCENA VIII

Dichos, ENRIQUE y un CRIADO

EMILIA

Muy buenos días.

ENRIQUE

¡Señora!...

EMILIA

¿Dónde ha estado usted metido toda la mañana? ¡Por Dios! No imite usted á don Cesáreo, porque reñimos...

ENRIQUE

(A Don Cesáreo.) Ya tiene usted corregidas las pruebas.

D. CESÁREO

Voy...

EMILIA

¡No tarde usted!... Le esperamos para dar nuestro paseo de todas las mañanas.

D. CESÁREO

Vuelvo en seguida. *(Entra un Criado.)*

EMILIA

¿Qué ocurre?

CRIADO

Un caballero pregunta por don Enrique.

ENRIQUE

¿No ha dicho quién es?

CRIADO

Don Félix Mendarias.

ENRIQUE

¡Ah, Félix!

EMILIA

¿Qué pasa? *(Sale el Criado.)*

D. CESÁREO

¡Cómo! ¡Mendarias! ¿El revistero que?...

ENRIQUE

Mi mejor amigo.

EMILIA

(A Gabriela.) Vamos á ponernos los sombreros... Hasta ahora...

ESCENA IX

ENRIQUE, DON CESÁREO y FÉLIX

ENRIQUE

¡Félix!...

FÉLIX

Déjame que te mire... Estás desconocido... ¡Qué modo de engordar!... ¡La buena vida!...

ENRIQUE

La vagancia...

FÉLIX

Despídete de ella.

ENRIQUE

¿Cómo?

FÉLIX

No tiene otro objeto mi viaje. Es preciso que vengas inmediatamente á Madrid, si no quieres quedarte sin plaza.

D. CESÁREO

¿Qué dice usted? Hace ocho días recibí una carta del principal accionista, en que me daba toda clase de seguridades...

FÉLIX

Sí, señor. Pero parece ser que hay empeños... En fin, es necesaria tu presencia. Dentro de dos horas sale el correo y no hay que perder tiempo.

ENRIQUE

Sí, sí...

FÉLIX

Yo, como puedes suponer, he revuelto á Roma con Santiago en previsión de una injusticia.

D. CESÁREO

¿Tiene usted buenos conocimientos?

FÉLIX

Sí, señor. Aunque no tengo el gusto de conocer á usted...

D. CESÁREO

De vista no, pero de oídas sí... ¿No es usted el encargado de la revista bibliográfica en *El Universo Científico*?...

FÉLIX

Para servir á usted.

D. CESÁREO

Para servirme, precisamente, no. ¡Buenas palizas me ha dado usted!

FÉLIX

Usted dispense.

D. CESÁREO

Por dispensado. Las críticas solo me inspiran...

FÉLIX

¿Desprecio?

D. CESÁREO

¡Oh, no! Gratitud, cuando proceden de personas respetables. ¡Caballero! He tenido tanto gusto en conocerle...

FÉLIX

El gusto ha sido mío. *(Sale don Cesáreo.)*

ESCENA X

ENRIQUE y FÉLIX

FÉLIX

No acabo de pasar á tu don Cesáreo.

ENRIQUE

¿Porqué? En esta ocasión no eres imparcial.

FÉLIX

No lo soy, dices bien. ¿Cómo he de perdonarle que explote tu talento?

ENRIQUE

En primer lugar, yo no tengo talento...

FÉLIX

¿Qué sabes tú? Ese señor abusa de tu bondad.

ENRIQUE

No estás en lo cierto.

FÉLIX

¿Querrás negarme que su último descubrimiento es obra tuya?

ENRIQUE

Aunque así fuera. Eso y más le debo.

FÉLIX

En fin, ya es hora de declararte independiente.

No hay tiempo que perder. Arregla tu equipaje y andando...

ENRIQUE

Voy.

FÉLIX

Espera... Te estoy observando desde mi llegada, y aunque me cuesta trabajo creerlo, noto...

ENRIQUE

¿Qué?

FÉLIX

Frialdad, desabrimiento...

ENRIQUE

¿Contigo?

FÉLIX

No me recibías así otras veces.

ENRIQUE

(Abrazándole.) ¡Félix!

FÉLIX

¿Qué te pasa? ¿Porqué no me hablas de tus proyectos, de tus ilusiones, como siempre? ¿Y tu nuevo descubrimiento? ¿Vas muy adelantado en los trabajos? ¿Lo ves?...

ENRIQUE

¡Vámonos, Félix; vámonos!...

FÉLIX

Dime antes que soy el mismo para ti...

ENRIQUE

¿Lo dudas?

FÉLIX

Entonces, invoco los derechos de mi amistad para obligarte á revelar tu secreto.

ENRIQUE

¡Félix, estoy enamorado!

FÉLIX

No es tan grave el mal como yo creía, ni adivino porqué el amor, siendo la felicidad, según dicen, pone tan tristes á las gentes.

ENRIQUE

Mi amor es un imposible.

FÉLIX

Al amor le pintan ciego y con alas. Ciego, para no ver los obstáculos; con alas, para salvarlos.

ENRIQUE

¡Déjate de madrigales!...

FÉLIX

En resumidas cuentas. Estás enamorado de la señorita Gabriela de Arambol... Hasta ahora no veo el imposible.

ENRIQUE

¿Y su fortuna?

FÉLIX

¡Su fortuna!... Y ¿qué? ¿No posees tú otra? Fortuna es también la bondad y el genio.

ENRIQUE

¡Genio!...

FÉLIX

¿Tú qué sabes?

ENRIQUE

El cariño te ciega.

FÉLIX

¿No pudiera también cegar á esa señorita?

ENRIQUE

¡Oh! Para ella, como para todos, no soy más que un hombre vulgar que puede tener mucho talento, pero que no habiéndolo demostrado no puede exigir que se le reconozca.

FÉLIX

Lo reconocerán algún día, y entonces bien valdrá una fortuna el honor de llevar tu nombre.

ENRIQUE

¡Vámonos, Félix, vámonos! Si, como tú dices, algún día...

FÉLIX

¡Ya! Leyenda antigua... El paje se enamora de la princesa... La princesa le adora, pero el Rey no puede consentir la desigual unión... El paje pide un plazo, se le otorga; corre á buscar fortuna y... El final de la leyenda es conocido... En la historia suele suceder que el paje vuelve sin dinero y encuentra á la princesa casada con otro... Es preciso refundir la leyenda. De que el paje adora á la

princesa no cabe duda... ¿Y la princesa corresponde al paje?

ENRIQUE

No, Félix. Ni se ha fijado en mí, ni puede sospechar siquiera que yo...

FÉLIX

Vamos por partes. Tú no eres un chiquillo. Cuando te has enamorado de esa manera por algo será. Que Gabriela es hermosa, ya lo sé. Sin embargo, he oído decir que su carácter...

ENRIQUE

Cuando la conocí, la primera impresión que me produjo fué de antipatía.

FÉLIX

A bien que pronto la modificaste.

ENRIQUE

Por mi desgracia.

FÉLIX

Si ese amor fuera un imposible como tú crees, por tu desgracia verdaderamente. Te conozco bien, y puedo asegurarlo. Pero, como Dios mediante, todo se arreglará...

ENRIQUE

Sí, echándome de aquí para siempre.

FÉLIX

¡Quién piensa en eso! Deja las minas á otro más necesitado.

ENRIQUE

¡Félix!

FÉLIX

Serás rico.

ENRIQUE

¡Qué afán!...

FÉLIX

Es lo único que te falta ¡Fuera timidez y adelante!

ENRIQUE

Timidez, no.

FÉLIX

¡Fuera orgullo, entonces!

ENRIQUE

Es inútil, Félix. ¡Vámonos!...

ESCENA XI

Dichos y DON CESÁREO

ENRIQUE

¿Quiere usted algo para Madrid?

D. CESÁREO

¡Cómo! ¿Te marchas?

ENRIQUE

Sí, ahora mismo.

D. CESÁREO

¿Y desde allí, á las minas? De modo, que sabe Dios cuándo nos volveremos á ver...

ENRIQUE

¡Sabe Dios!...

D. CESÁREO

Pues bien, ahora te lo digo: eres un ingrato. ¡Dejarme solo! ¿Qué necesidad tenías de trabajar mientras yo viviera? Y después...

ENRIQUE

¿Y sus parientes, don Cesáreo? ¿No sabe usted que murmuran de mí?

D. CESÁREO

¡El diablo cargue con ellos!

ENRIQUE

Mi dignidad no me permite seguir ocupando á su lado un lugar que no me corresponde. ¿Puedo despedirme de esas señoras?

D. CESÁREO

Pregúntalo. *(Sale Enrique.)*

ESCENA XII

DON CESÁREO y FÉLIX

D. CESÁREO

Algo le pasa á su mejor amigo... ¿Puede usted decírmelo?

FÉLIX

Muy sencillo. Enrique está enamorado de Gabriela.

D. CESÁREO

Debí haberlo adivinado.

FÉLIX

Ahí tiene usted el principal motivo que le decide á marcharse.

D. CESÁREO

¿Le han dado calabazas?

FÉLIX

¡Qué!... ¡Ni siquiera se ha declarado! Ya sabe usted lo que es él...

D. CESÁREO

¡Ah, tonto! De seguro le hubieran aceptado.

FÉLIX

¿Qué dice usted?

D. CESÁREO

Que yo me comprometo á hacer esa boda.

FÉLIX

¿De veras? Cuente usted con mi admiración y mi gratitud.

D. CESÁREO

¡Nada, nada! Quítele usted de la cabeza esas minas...

FÉLIX

¡Qué bueno es usted! No me consolaré nunca de haberle criticado.

D. CESÁREO

Aquí viene.

ESCENA XIII

Dichos, EMILIA, GABRIELA, ENRIQUE y MARTÍN

EMILIA

¡Cuánto siento que nos deje usted!

GABRIELA

(Aparte.) Y yo que creí que estaba enamorado de mí... *(A don Cesáreo.)* ¿Nos acompañará usted á paseo?

D. CESÁREO

En seguida... Voy por el sombrero... *(Sale.)*

FÉLIX

(A Enrique.) Ya no hay viaje.

ENRIQUE

¿Cómo?...

EMILIA

¡Cuánto me alegro!

FÉLIX

Acabo de recibir un telegrama en que me anuncian que tu plaza está dada.

ENRIQUE

¿Dónde está el telegrama?

FÉLIX

(Sacando uno del bolsillo.) Aquí... Lee...

MARTÍN

¡Señoras! Vamos..

EMILIA

Espere usted á su tío...

GABRIELA

¡Qué pesado!

EMILIA

(A Enrique.) ¿De modo, que se queda usted?...

ENRIQUE

¡Ya ve usted!

D. CESÁREO

(Entrando.) Cuando ustedes quieran. *(Bajo á Félix.)* Aprovecharé la ocasión para insinuar...

EMILIA

(A Enrique.) Hasta ahora... *(Al pasar por delante de Félix saluda con una inclinación.)*

D. CESÁREO

(Presentándole.) Don Félix Mendarias, estimado amigo mío.

FÉLIX

(Saluda. Emilia habla un momento con él. Después sale hablando con don Cesáreo.)

MARTÍN

Mi tío no se descuida. ¡Qué suerte tengo! *(Salen Martín y Gabriela.)*

ESCENA XIV

ENRIQUE y FÉLIX

ENRIQUE

(Devolviendo el telegrama á Félix.) ¿Qué significa esto? «La madre y el niño siguen bien. Gracias. Antonio.»

FÉLIX

Es de un amigo que acaba de tener un hijo.

ENRIQUE

¿Y qué tiene que ver?...

FÉLIX

Por casualidad, le llevaba en el bolsillo, y me

he aprovechado de él para disimular tu permanencia.

ENRIQUE

Hablemos claro. ¿Qué significa esto?

FÉLIX

Significa, que todos los pillos tienen suerte.

ENRIQUE

No te burles.

FÉLIX

Y que el cielo te había destinado una buena boda. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante.

ESCENA PRIMERA

EMILIA, sentada, leyendo un periódico, y después GABRIELA, que entra seguida de un CRIADO que trae una caja muy grande.

GABRIELA

¡Mamá!

EMILIA

¿Han llegado los trajes?

GABRIELA

El de Enrique... Los nuestros llegarán pasado mañana, ¿no es eso?

CRIADO

Sí, señora. *(Sale el Criado.)*

EMILIA

Pero ese hombre... ¿en qué piensa? ¿Porqué no los ha mandado juntos? Vamos á ver, vamos á

ver... *(Abren la caja y sacan un traje de época.)* ¡Precioso!

GABRIELA

¡Elegantísimo!

EMILIA

¡Qué serio y qué distinguido! Tiene un gusto ese hombre...

GABRIELA

¡Es un artista!

EMILIA

¡Un genio!

GABRIELA

Falta que le guste á Enrique... Como aún no sabe nada...

EMILIA

Pues díselo, y que no empiece con rarezas. Ya sabe que no podemos faltar... Y que á un baile de trajes no se puede ir con traje de sociedad á descomponer el conjunto.

GABRIELA

Veré si le convenzo.

EMILIA

La verdad es que tu señor marido va haciéndose cada día más dificultoso.

GABRIELA

Nunca me figuré que sus complacencias y su cariño iban á ser eternos.

EMILIA

¡Eso no! Enrique te adora; nos adora, mejor dicho. Pero acostumbrado á vivir en otra esfera, no se halla á gusto en la nuestra.

GABRIELA

Sí se halla, sí. Mira cómo ya no se acuerda de sus estudios. Es que le aburre la sujeción. Él quisiera divertirse, pero divertirse á su manera.

EMILIA

No, hija mía; le calumnias. Es que no le quieres como él á ti.

GABRIELA

¿Á mí sola?

EMILIA

¡Bah! Naturalmente, que la fortuna que se le entraba por las puertas no habrá contribuído poco á su cariño. Pero tú fuiste la primera en reconocer sus grandes cualidades, y le aceptaste muy complacida.

GABRIELA

Es verdad.

EMILIA

Cualquiera diría que no eras dichosa.

GABRIELA

Y diría bien.

EMILIA

¡Hija mía!

GABRIELA

Enrique nos ha engañado. Cariñoso al principio, dócil á las condiciones que le impusiste; ahora solo desea emanciparse.

EMILIA

¿En qué te fundas?

GABRIELA

Ayer me dijo terminantemente que le humilla vivir á tus expensas; que aborrece la ociosidad.

EMILIA

Eso es muy suyo. Pero no veo nada malo. Que trabaje si quiere... Yo le impuse la condición de la ociosidad, creyendo haceros más dichosos. Pero desde ahora puede buscar ocupación. En no separándote de mi lado, me avengo á todo.

GABRIELA

¡Eso es lo que él quiere precisamente!... Separarme de tu lado.

EMILIA

¡Imposible!

GABRIELA

Dice que le humilla vivir á tus expensas... Lo que le humilla es no disponer de todo y tener que sujetarse á tus decisiones. Lo que le pesa es no haberte exigido que me dotaras para ser ahora libre.

EMILIA

¡No será porque no hablamos claramente!... Bien sabía que tuyo, y por consiguiente suyo, no era nada. Que no llevabas dote, precisamente, para que no intentara separarnos, como se librará muy bien de intentarlo.

GABRIELA

Piensa colocarse en unas minas y llevarme con él.

EMILIA

¡Lo veremos!

GABRIELA

¿Y si se empeña? Separándome de tu lado tratará, á su vez, de imponerte condiciones... Te exigirá una renta que le permita ser independiente. Es muy orgulloso, y á duras penas sufre lo que sufre.

EMILIA

¡Lo que sufre! ¿Cuándo había soñado semejante fortuna? ¿Qué nombre era el suyo; qué porvenir? Descuida, hija mía: si llega el caso, yo sabré bajarle los humos. Por ahora, creo que son suposiciones tuyas.

ESCENA II

Dichos y MARTÍN

MARTÍN

(Dentro.) ¿Dónde están? *(Entrando.)* Señoras...

EMILIA

¡Ah, Martín! Denos usted su opinión.

MARTÍN

Veamos...

EMILIA

Es el traje que hemos encargado á París para Enrique.

MARTÍN

¿Están ustedes invitados al baile de los de Ansúrez?

EMILIA

Sí, señor. ¿Y usted?

MARTÍN

¡No faltaba más! Soy íntimo...

GABRIELA

¿De qué va usted?

MARTÍN

Aún no he pensado... Lo tengo en estudio. Yo quisiera una cosa original, distinguida...

EMILIA

¡Claro está! Creo que preparan maravillas. Yo prefiero los trajes históricos. Me parecen más serios, más en carácter... ¡Mire usted!...

MARTÍN

¡Precioso!

GABRIELA

¿Verdad que sí?

MARTÍN

No le falta detalle. Es una verdadera reconstrucción arqueológica.

EMILIA

Francisco I... Los nuestros no han llegado todavía. El mío es de Isabel de Inglaterra.

GABRIELA

Y el mío de Titania.

MARTÍN

Á propósito... Me ha inspirado usted... Yo iré de Oberón. Haremos pareja. Usted la reina de las hadas y yo el rey de los silfos...

EMILIA

Tendría usted que quitarse el bigote... Decídase usted por un Felipe II. Yo le buscaré figurines.

MARTÍN

Ya veremos... ¿Ha venido mi tío por aquí?

EMILIA

No. Ahora nos visita de tarde en tarde... Ya sabe usted... Desde el desengaño...

MARTÍN

¡Cuándo se convencerán algunas personas!...

EMILIA

Usted comprenderá que hubiera sido un disparate casarme.

MARTÍN

Con él, sí, señora.

EMILIA

¡Y con cualquiera! Y una vez casada mi hija, ¡dígame usted si no sería una locura!

MARTÍN

¿Una locura? ¿Porqué?

EMILIA

Sí, señor, sí; locura.

MARTÍN

Si encontrara usted un hombre digno...

EMILIA

¿Más digno que su tío de usted?

MARTÍN

Mi tío, señora, no es lo que parece. Siento de-

cirlo: pero es fatalidad en mí que cuanto más quiero á una persona, más noto sus defectos.

EMILIA

Suplico á usted que no se moleste en hablar mal de don Cesáreo.

MARTÍN

No haría más que imitarle.

GABRIELA

Enrique viene. ¿Se guarda esto?

EMILIA

No; déjalo. Cuanto antes se entere...

GABRIELA

Tú se lo dices. Supongo que hoy se quedará usted á comer con nosotros.

MARTÍN

Muchas gracias. Tengo que ver á un amigo en el Congreso y volveré en seguida.

GABRIELA

Con su permiso... *(Sale.)*

ESCENA III

EMILIA y MARTÍN

MARTÍN

Gabriela está triste.

EMILIA

Sí; un poco.

MARTÍN

¿Ve usted lo que yo le decía? Gabriela se casa sin amor; Gabriela será desgraciada.

EMILIA

¿Quiere usted decirme quién la ha obligado á casarse contra su gusto?

MARTÍN

¡Eso no!

EMILIA

No negará usted que Enrique es un hombre de los que se encuentran pocos en estos tiempos.

MARTÍN

Sí... pero...

ESCENA IV

Dichos y ENRIQUE

ENRIQUE

¡Muy buenas tardes!

MARTÍN

¡Amigo Enrique! ¿Qué tal desde ayer?

ENRIQUE

Perfectamente.

EMILIA

¿Has hecho todos mis encargos?

ENRIQUE

Todos. El mueblista no se encuentra dispuesto á rebajar nada; ¡le he puesto de vuelta y media!

MARTÍN

¡Abusan de una manera esas gentes!...

EMILIA

Ya te dije que no anduvieras regateando.

ENRIQUE

Comprende que es un robo. ¡Diez mil pesetas por cuatro trastos, sin valor alguno material ni artístico!

EMILIA

Los caprichos hay que pagarlos; ya se sabe. ¡Como no estás acostumbrado!...

ENRIQUE

Ni es fácil que me acostumbre... ¿Qué es esto?

EMILIA

Una sorpresa para ti.

ENRIQUE

¿Para mí? ¿Pensáis representar comedias en casa?

EMILIA

¡Qué horror!

ENRIQUE

Entonces...

EMILIA

¿No sabes que estamos invitados al baile de trajes de los de Ansúrez?

ENRIQUE

Sí; lo sé. Pero como ya os dije que no iría...

EMILIA

No hay más remedio; nosotras no podemos ir solas. Y nosotras no podemos faltar... ¡Se ofenderían!...

ENRIQUE

Y pretendéis vestirme de mamarracho.

EMILIA

¿Mamarracho? ¡Un traje divino! ¡De Francisco I! ¿Oye usted? ¡Mamarracho... un traje que cuesta cuatro mil francos!

ENRIQUE

¡Lástima de dinero!

EMILIA

Vamos... No digas tonterías. Otros más serios que tú irán mucho más ridículos. ¡La de Cortázar piensa ir de odalisca! Y su marido irá de guardia del serrallo... Y eso no le quitará de ser ministro en la primera crisis.

MARTÍN

¡Y lo que el pobre está cavilando para que no le falte detalle!... El otro día fuí á verle y me le encontré con la cara embetunada.

EMILIA

Es preciso que te pruebes el traje.

ENRIQUE

Es inútil.

EMILIA

¡Enrique!

ENRIQUE

¡Señora!

EMILIA

Vamos, no seas ridículo. Si tú no vas, no pue-

de ir Gabriela, ni yo tampoco. Á mí no me importa... Ya ves: yo, á mis años... Pero la pobrecita bastantes sacrificios hace dejando perder todas sus relaciones porque á ti no te gustan las visitas ni tratarte con nadie.

MARTÍN

Tiene usted razón. ¡La pobre Gabriela vive muy retirada desde su matrimonio!...

ENRIQUE

¿Á que llaman ustedes retirada? ¿Quieren ustedes saber las horas que me dedica y las que dedica al mundo? Llevo la cuenta. En seis meses de matrimonio hemos estado solos unas cuarenta y ocho horas.

EMILIA

¡Qué disparate! Lo que hay es que eres un egoísta. Y si dijera que un poquito celoso, no mentiría.

MARTÍN

Es natural. ¿Quién, poseyendo tal tesoro, no teme perderlo?

EMILIA

En resumidas cuentas, ¿irás al baile?

ENRIQUE

¿Á qué? ¿Á ponerme una vez más en ridículo? ¿Á que todos me señalen con el dedo, preguntándose burlones: ¿quién es ese advenedizo? ¿qué méritos le han traído á mezclarse con nosotros, los

privilegiados del mundo? ¿Nobleza?... no. ¿Riqueza?... menos. ¿Talento?... nadie le conoce. ¿Distinción, barniz que encubre tantas vulgaridades y es pasaporte á falta de otro mejor?... tampoco. Vedle, encogido y avergonzado... Bien muestra que es novicio en nuestras artes. ¿Quién es? El marido de Gabriela. Eso dicen. ¡Desdichado el marido á quien nadie conoce más que por su mujer!

EMILIA

Y ¿quién tiene la culpa? ¿No procuras obscurecerte cuanto puedes?

MARTÍN

Dice usted bien. Un joven de sus méritos debía aspirar... Con las relaciones de estas señoras... ¿Porqué no se mete usted en política?

ENRIQUE

Por no meterme en lo que no me importa.

MARTÍN

¿Es alusión?

ENRIQUE

No creo que entienda usted de alusiones. De otro modo, hubiera usted comprendido hace tiempo que está de más en esta casa.

MARTÍN

¡Caballero!

EMILIA

¡Enrique! ¡Qué imprudencia!

MARTÍN

Y ¿con qué derecho me arroja usted de ella? ¿Es usted el dueño, por ventura? Solo esta señora...

EMILIA

Es verdad.

MARTÍN

En cuanto á su falta de tacto, que no quiero calificar más duramente, tenga usted en cuenta que solo por respeto á esta señora...

EMILIA

¡Por Dios, Martín! ¡No se hable más!... Enrique está hoy algo nervioso y no sabe lo que ha dicho.

MARTÍN

Ya sé que él y mi señor tío pretenden hacerme saltar de esta casa, y no perdonan medio para conseguirlo.

ENRIQUE

¿Cree usted?...

MARTÍN

Que protege usted á su protector más de lo conveniente, sin notar que la gente murmura.

ENRIQUE

¿Murmura?

MARTÍN

De sus frecuentes visitas á esta casa; de su situación equívoca respecto á esta señora...

EMILIA

¡Á mí no me meta usted en belenes!

MARTÍN

Repito lo que hablan, cumpliendo un deber de amistad. Don Cesáreo anuncia á todo el mundo su próxima boda con usted, y Enrique parece que le apoya con todas sus fuerzas...

ENRIQUE

¿Yo?...

EMILIA

¿Habéis establecido una sociedad de casamientos mutuos?

ENRIQUE

¡Señora, hablemos claros!

MARTÍN

Ahora permitan ustedes que me retire.

EMILIA

¿Espero que no se habrá usted ofendido?

MARTÍN

¡No faltaba más!... ¿Á qué hora comen ustedes?

EMILIA

A las ocho en punto. *(Sale Martín.)*

ESCENA V

EMILIA y ENRIQUE

EMILIA

Vamos á ver: ¿te parece bien lo que has hecho?

ENRIQUE

Hay que concluir. Aceptando por igual las galanterías de tío y sobrino, sin decidirte por ninguno, das lugar á que la gente murmure.

EMILIA

Y ¿qué?...

ENRIQUE

Que no estoy dispuesto á tolerarlo. Cásate, si bien te parece, pero déjate de amoríos impropios de tu edad.

EMILIA

¿Cómo se entiende?

ENRIQUE

Como quiera usted entenderlo.

EMILIA

¡Vaya, vaya!... Tranquilízate y hablaremos. El traje de Francisco I te ha despertado instintos belicosos.

ENRIQUE

¿Dónde está Gabriela? Tengo que hablarle.

EMILIA

Poco á poco... Sé razonable y podremos entendernos.

ENRIQUE

No es fácil.

EMILIA

Eres muy altivo y muy desconfiado.

ENRIQUE

Altivo... no debo serlo mucho, cuando he sufrido con paciencia tantas humillaciones.

EMILIA

¿De quién?

ENRIQUE

De todo el mundo.

EMILIA

¡Amigo mío! Cuando se ha logrado una fortuna, para no ser calificado de intruso es preciso justificar que se ha merecido.

ENRIQUE

Pues bien, me he engañado; confiaba en mí. Creí que mi nombre podría valer un día tanto como la fortuna de Gabriela... Debí esperar. Pero creí que la tranquilidad de la posesión sería incentivo para mi talento... Dice usted bien; soy un orgulloso. Yo no tengo talento, ni constancia, ni fe en mí mismo.

EMILIA

Por de contado, yo nunca creí, al casar á mi hija contigo, que la casaba con ningún genio. Lo que sí creí es que la casaba con un hombre capaz de hacerla dichosa.

ENRIQUE

Gabriela no me quiere.

EMILIA

¡Aprensión tuya! Confiesa que eres muy receloso. Siempre soñando con humillaciones, exiges que todos sean los primeros en rendirte homenaje. Y ¿qué haces para merecerlo? Descubrir una alusión en la frase más inocente; un motivo de cavilosidad en cada gesto. Porque crees á Gabriela disgustada, apenas hablas con ella considerándote ofendido. Si me oyes alguna frase que puedes aplicarte sutilizando su intención, hablas de marcharte en seguida, creyéndote rebajado con vivir en mi casa. ¡Esto es ridículo, Enrique! Bien lo comprendes. Ya sabíamos todos á qué atenernos... ¿Qué esperabas correspondernos con tu nombre? Cuenta era tuya; nadie te lo exigía. ¿A qué vienen ahora esos puntillos de amor propio y dártelas de agraviado, cuando las verdaderamente agraviadas somos nosotras?

ENRIQUE

Está bien. Concluyamos... Estoy dispuesto á recobrar mi independencia.

EMILIA

¿Cómo?

ENRIQUE

Con mi trabajo.

EMILIA

¿Intentarás separarme de mi hija?

ENRIQUE

Si fuera preciso...

EMILIA

¡No lo pienses siquiera! ¡Sepultarla en algún poblachón minero!...

ENRIQUE

¡De modo que me prohibes hasta la redención por mi trabajo!...

EMILIA

Discutamos con calma. Sabes cuánto te quiero, y puedes suponer si me disgustarán tus quejas injustificadas. Vengamos á un acuerdo. Lo que te sucede es que estás aburrido, que no te hallas en la ociosidad...

ENRIQUE

Eso es.

EMILIA

Yo, francamente, creí más fácil tu aclimatación. ¿Quién resiste á los encantos del lujo? Solo tú, que aún no has perdido las ilusiones.

ENRIQUE

¿Permites, pues, que modifiquemos el contrato?

EMILIA

¡Qué remedio! Trabaja. Por supuesto, no olvides que tu posición impone deberes.

ENRIQUE

Descuida. Por ahora no aceptaré ningún empleo.

EMILIA

Mejor es. Escribe obras ó da conferencias. Eso es bonito.

ENRIQUE

No. Continuaré mis estudios interrumpidos.

EMILIA

¡Ah, vamos! El famoso descubrimiento...

ENRIQUE

Justamente. Os pido un plazo, como Colón. Si dentro de tres meses...

EMILIA

Bueno. Entretente con tu dichoso descubrimiento. ¡Con tal de que no nos salga caro!...

ENRIQUE

Descuida.

EMILIA

Estoy viendo tu estatua «Al inmortal...» ¡Digo... tener un yerno inmortal!

ENRIQUE

Convenimos entonces en que durante tres meses no me obligaréis á acompañaros á bailes, á reuniones, á teatros...

EMILIA

¡Por Dios! Sé razonable. ¿Piensas estarte las veinticuatro horas del día, estudia que te estudia?

ENRIQUE

Poco menos.

EMILIA

¡Estás loco! ¿Y mi hija no podrá ir á ninguna parte? Vamos, Enrique: déjate de tonterías... Desciende á la realidad, y acepta la vida tal como se te ofrece.

ENRIQUE

¡No, mil veces no!

EMILIA

Pues bien. Estudia, trabaja, busca una fortuna; sacrifícate en aras de tu orgullo, pero no nos sacrifiques á los demás. Cuando se piensa hacer vida de buho, encerrado entre librotes, se busca una mujer acostumbrada á repasar las camisas del marido al amor del brasero.

ENRIQUE

Tienes razón. Una mujer de quien fuera marido, no criado.

EMILIA

¡Vaya, vaya! No es fácil entenderse contigo. En fin, ya sabes que dentro de quince días salimos para Italia.

ENRIQUE

¿No hemos acabado de corretear?

EMILIA

Ya sabes que los viajes fueron la cláusula principal de nuestro tratado.

ENRIQUE

¿No podíais dejarlo para más adelante?

EMILIA

¡Imposible! El caso es asistir en Roma á las fiestas de Semana Santa. ¡Sé razonable! Ya ves que solo procuro vuestro bien. Durante el viaje puedes empezar tus estudios. Aunque sea poquito á poco... Haz como yo con este almohadón que estoy bordando... Ahora lo tomo, luego lo dejo... Hoy bordo cinco minutos, dentro de un mes otros cinco... Y así, con calma, ya ves si me cunde.

ENRIQUE

Tú crees que la ciencia es como los almohadones.

EMILIA

¡Bah!

ESCENA VI

Dichos y FÉLIX

ENRIQUE

¡Félix!

FÉLIX

¿No me esperabas?

ENRIQUE

Ciertamente que no.

FÉLIX

Asuntos imprevistos. Acabo de llegar y he venido á darte un abrazo. ¿Cómo está usted, señora?

EMILIA

Perfectamente. No sabe usted cuánto me alegro de su venida. Enrique anda muy necesitado de sus consejos.

FÉLIX

¿Cómo se entiende? ¡En plena luna de miel! ¿Qué es ello, señora, qué es ello?

ENRIQUE

No hagas caso.

EMILIA

Figúrese usted que, á cambio de tanto como le quiero, no hace más que darme disgustos.

FÉLIX

¡Enrique!

EMILIA

Quiere separarse de mi lado, llevarse á mi hija por... ríase usted, porque no trabaja. Como si alguien le pidiera cuenta de sus acciones.

ENRIQUE

Me la pide mi conciencia.

EMILIA

Nada, nada. Predíquele usted. En primer lugar procure usted convencerle de que nadie se rebaja por ir á un baile de trajes vestido de Francisco I. Con su permiso...

FÉLIX

A los pies de usted.

ESCENA VII

ENRIQUE y FÉLIX

ENRIQUE

Dame otro abrazo... Siéntate.

FÉLIX

¡Malo, malo!

ENRIQUE

Tú pensarías encontrarme en plena realidad de tus sueños; feliz, célebre...

FÉLIX

Célebre no. Ya suponía que con Venus y Ceres, *friget* Minerva.

ENRIQUE

Lo que no suponías es que Gabriela no me quiere, no me ha querido nunca. Que soy el juguete de dos mujeres y el hazme reir de todo el mundo, que he perdido la fe, el entusiasmo, todo...

FÉLIX

Eso no puede ser. ¿Que Gabriela no te quiere?

ENRIQUE

Gabriela solo piensa en mí cuando tengo que acompañarla á alguna parte. Solo me habla cariñosa cuando quiere conseguir algún capricho. Me desprecia profundamente creyendo, y con razón, que me he casado por el interés.

FÉLIX

De modo que en seis meses de matrimonio no ha aprendido á conocerte.

ENRIQUE

Dices bien, no me conoce. Comprende mi horrible situación. Gabriela desconfía de mí y no hay medio de vencer su desconfianza. ¿Intento recobrar la independencia con mi trabajo? Cree que mi objeto es separarla de su madre para imponer condiciones y hacerme dueño de su fortuna. ¿Me

dejo llevar de la corriente, procuro olvidarlo todo? Soy un infame que vive á expensas de su mujer, que ya no piensa en el trabajo, ni en el estudio, ni en ilustrar su nombre; que se contenta con que le conozca la gente por ser el marido de su mujer. ¡Y cuánta humillación entre esa gente! Gabriela no disimula su desvío, y yo he de aparentarlo por fuerza si no quiero aparecer más ridículo. Si me mostrara enamorado creerían que exageraba mi papel, porque para todos es evidente que no me he casado por amor. Y como me suponen satisfecho con la fortuna, hay quien no vacila en galantear á mi mujer. Y finjo bien si soy celoso, y si no lo soy es que nada me importa. ¿Qué más? Ayer felicitaban á Gabriela unas amigas porque no hallándose aún en estado de tener hijos podía divertirse más á su sabor. Y como yo mostrara deseos de ver pronto mi hogar bendecido por un ángel, una más imprudente me dijo sonriendo: «Se comprende». Y Gabriela me miró ofendida, y yo corrí á ocultar mis lágrimas desesperado.

FÉLIX

Es forzoso tomar una determinación.

ENRIQUE

¿Cuál? La única es marcharme á vivir de mi trabajo con Gabriela.

FÉLIX

Eso es.

ENRIQUE

Eso sería si Gabriela me quisiera lo bastante para dejar por mí á su madre, para no echar de menos en la modesta posición que yo podía ofrecerle el lujo á que está acostumbrada.

FÉLIX

Entonces, querido Enrique, si no cuentas con el cariño de Gabriela...

ENRIQUE

¿Qué he de hacer?

FÉLIX

Conquistarlo.

ENRIQUE

¿Cómo?

FÉLIX

Con tu inteligencia y con tu corazón no se pregunta cómo.

ENRIQUE

¿Tú crees que Gabriela?...

FÉLIX

Adorará en ti cuando te conozca. Haz por conseguirlo.

ESCENA VIII

Dichos y D. CESÁREO

D. CESÁREO

¡Amigos!

FÉLIX

¡Señor don Cesáreo!

D. CESÁREO

¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Cómo le ha ido á usted en sus viajes?

FÉLIX

Perfectamente.

D. CESÁREO

¿Y las señoras?

ENRIQUE

Por allá dentro... ¿Saben que está usted aquí?

D. CESÁREO

No.

ENRIQUE

Diré que las avisen.

D. CESÁREO

No te molestes. Esta visita es para ti.

FÉLIX

Pues yo dejo á ustedes.

ENRIQUE

¿Tan pronto?

FÉLIX

Tengo que hacer.

ENRIQUE

No dejes de venir con frecuencia.

FÉLIX

Descuida... Don Cesáreo...

D. CESÁREO

Que usted siga bien. ¡Ah! ¿Dónde vive usted?

FÉLIX

Tome usted una tarjeta.

D. CESÁREO

Muchas gracias. Mañana le enviaré á usted un opúsculo que acabo de publicar. El juicio imparcial de una persona inteligente como usted no podrá menos de serme grato. A sus órdenes.

ENRIQUE

Hasta mañana.

ESCENA IX

ENRIQUE y D. CESÁREO

ENRIQUE

Ahora dígame usted todo lo que tenga que decirme.

D. CESÁREO

¡Por Dios!, no empieces con tus impaciencias. Déjame ir preparando un exordio, porque el asunto lo requiere.

ENRIQUE

Vamos, sin rodeos.

D. CESAREO

¿Estás de mal humor?

ENRIQUE

No. Pero conseguirá usted ponerme si no habla pronto y claro.

D. CESÁREO

Pues allá va. Quiero casarme con tu suegra.

ENRIQUE

Eso no es cuenta mía.

D. CESÁREO

¡Vaya! Emilia te quiere mucho y se deja guiar en todo por tus consejos.

ENRIQUE

En un asunto tan delicado...

D. CESÁREO

¡Qué delicado! Me parece que cualquiera puede salir fiador por mí. No era asunto tan obvio el de tu boda y te ayudé con todas mis fuerzas. Y si gustara de vanagloriarme bien podría decir que me debes tu suerte.

ENRIQUE

Sienta usted un precedente, don Cesáreo, que si las tuviera me quitaría las intenciones de mezclarme en bodas de nadie.

D. CESÁREO

En resumen. Estoy harto de mi soledad, estoy decidido á casarme. Emilia es la única mujer que me conviene, y por lo tanto...

ENRIQUE

Por lo tanto, consulte usted con ella.

D. CESÁREO

¿Qué es esto, Enrique? ¿Te negarás á prestarme tu apoyo? ¿Será verdad lo que dicen?

ENRIQUE

¿Qué dicen?

D. CESÁREO

Que Martín es tu mejor amigo. Que no sale en todo el día de tu casa...

ENRIQUE

Le advierto á usted que esta no es mi casa.

D. CESÁREO

El resultado es que él también pretende casarse con Emilia.

ENRIQUE

Repito que no es cuenta mía.

D. CESÁREO

¿Que no? Pues bien, vas á saberlo todo. La gente murmura. Ven á Martín siempre á tu lado, ó lo que es peor, al lado de Emilia y de Gabriela, y cada uno dice lo que le parece.

ENRIQUE

Lo suponía. *(Entra un Criado.)*

CRIADO

Acaban de traer esta carta.

ENRIQUE

De Félix... ¿Qué puede haberle ocurrido? Acaba de dejarme... Con su permiso... *(Lee la carta.)*

D. CESÁREO

¡Pues sí, murmuran!...

ENRIQUE

(Al Criado.) Avise usted á la señora. *(Sale el Criado.)*

D. CESÁREO

Y te advierto que hay quien cree que no es á Emilia, sino...

ENRIQUE

¡Calle usted, calle usted!

ESCENA X

Dichos y EMILIA

EMILIA

¡Ah! Don Cesáréo...

D. CESÁREO

¡Señora!

EMILIA

¿Qué ocurre?

ENRIQUE

Entérate de esta carta. Félix me pide un favor

EMILIA

¿Dinero?

ENRIQUE

No ha podido cobrar una letra, y necesitando esa cantidad, me ruega...

EMILIA

(Abriendo un «secreter».) Bien, bien. Para eso sirven los amigos. Toma y procura esquivar estos compromisos. Dile que no tenemos tanto como suponen...

ENRIQUE

Guarda tu dinero.

EMILIA

¡Enrique!

ENRIQUE

Ofendería á mi mejor amigo aceptándolo de ese modo...

EMILIA

Eres insoportable. Don Cesáreo, ¿cómo nos ha tenido usted tan abandonadas?

D. CESÁREO

Señora, sabiendo lo que dicen, no he querido importunar con mi presencia...

EMILIA

¡Me asusta usted! ¿Qué dicen?

D. CESÁREO

Que se casa usted con mi sobrino.

EMILIA

¡Qué disparate!

ENRIQUE

El caso es que la gente murmura.

EMILIA

¡Ah! ¿Tú también?

ENRIQUE

Hablemos claros. ¿Piensas casarte con Martín?

EMILIA

¿Sabes que estás fastidioso de veras?

ENRIQUE

Entonces, ¿porqué te comprometes aceptando sus galanterías?

EMILIA

¡Ah, vamos, entiendo!... Hablas por boca de ganso... ¿Es don Cesáreo, que tiene celos, quien te ha inspirado esa retahila? No puede usted quejarse de su protector... Es muy agradecido... Ya ve usted, que si por él fuera, ya estaríamos casados.

ENRIQUE

¡Señora! Su voluntad es de usted. Pero su honra es la de Gabriela; la mía, por lo tanto; y no consentiré que la exponga usted imprudentemente.

EMILIA

Sé muy bien lo que debo hacer, y no necesito consejos de nadie.

ENRIQUE

¡Está bien!... ¡Gabriela!

EMILIA

¿Para qué la llamas?

ENRIQUE

Para que decida entre su madre y su esposo.

EMILIA

¿Llevártela? Lo veremos.

ENRIQUE

Lo veremos.

ESCENA XI

Dichos y GABRIELA

GABRIELA

¡Mamá! ¡Enrique!

D. CESÁREO

¡Señores, por Dios!

EMILIA

Tu marido, faltando á su palabra, intenta separarte de mi lado. Procura convencerle, si quieres evitar un disgusto.

ENRIQUE

Es inútil. O Martín no pone más los pies en esta casa, ó seré yo quien...

EMILIA

En mi casa no manda nadie más que yo, y puedo recibir á quien me parezca. Al casarte con mi hija, no pensé darme un amo que no necesitaba.

ENRIQUE

Ya lo sé. Era un criado lo que necesitaba usted.

EMILIA

Criado, no. Un hombre agradecido, que tuviera siempre muy presente todo lo que me debe.

ENRIQUE

Ni una palabra más, señora. Ha dicho usted bastante. Como su hija de usted no ha recogido sus palabras, es señal de que las hace suyas. Estoy de más aquí. *(Sale.)*

ESCENA XII

Dichos, menos ENRIQUE

EMILIA

¿Qué es esto? ¡Qué escándalo!

GABRIELA

(Aparte.) ¡Dios mío! ¿Si le creo indigno, porqué me acusa la conciencia?

EMILIA

¿Pero ha visto usted?... ¡Ese hombre está loco! ¡Corra usted á buscarle! ¡Es preciso que atienda á razones; que no vaya á ponernos en ridículo!

D. CESÁREO

Descuiden ustedes. Volverá.

GABRIELA

¿Usted cree?...

D. CESÁREO

¡Vaya! ¡Qué remedio! Ha sido un efecto teatral. Así consigue imponerse.

EMILIA

Sí volverá.

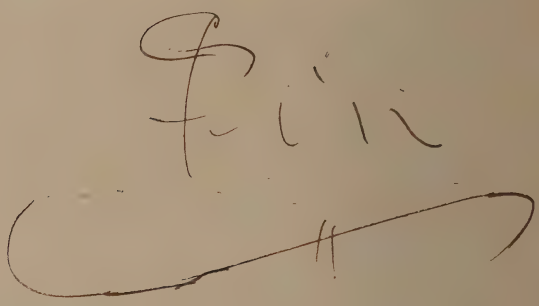
D. CESÁREO

Ha probado el lujo, y no se renuncia á él tan fácilmente. Descuida, Gabrielita: de esta hecha no te quedas sin marido.

GABRIELA

(Aparte.) ¡Si vuelve es un infame! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala modesta en casa de Félix.

ESCENA PRIMERA

FÉLIX y MARTÍN

MARTÍN

No se empeñe usted en ocultármelo. Sé que está aquí.

FÉLIX

¡Cuando digo que no!...

MARTÍN

¡Bah! Demasiado comprendo los motivos que tiene para no exhibirse... ¡Pero entre amigos! Fíen ustedes en mi discreción. Enrique ha llegado esta mañana con el objeto de arreglar en Madrid un asunto concerniente á su empresa. ¿No es eso? Le tiene usted en su casa, oculto á todas las miradas para que nadie pueda extrañar que, hallándose en Madrid, no viva con su mujer. Lo que una vez vislumbrado por la pícara gente, no dejaría de le-

vantar polvareda. ¡Atrévase usted á decirme una vez más que vengo equivocado!

FÉLIX

Tiene usted razón; no me atrevo. Enrique está en mi casa, aunque solo por unas cuantas horas.

MARTÍN

Descuide usted. Yo lo he sabido por una casualidad.

FÉLIX

Y es muy probable que, como usted, por otra casualidad, lo sepa á estas horas todo Madrid.

MARTÍN

¡Es muy probable! ¿Cómo se encuentra?

FÉLIX

En apariencia, bien. Pero yo, á quien una amistad de toda la vida ha enseñado á leer en su corazón, leo esta vez cosas muy tristes.

MARTIN

¡Pobre muchacho! Gabriela es una chiquilla sin corazón, que merecía haberse casado conmigo. ¡No dirá usted que no me conozco!

FÉLIX

En efecto.

MARTÍN

Hablando de mi asunto. Porque supondrá usted,

sin duda, que algún asunto interesante me fuerza á romper la consigna.

FÉLIX

En efecto.

MARTÍN

Sepa usted que si mucho ha podido contrariar á Enrique el fracaso de su matrimonio, á mí, como suele decirse, me ha partido por el eje.

FÉLIX

¡No comprendo!

MARTÍN

Sí, señor, sí. La separación de Enrique y Gabriela es la ruina para mí. ¿No sabe usted nada?

FÉLIX

No. ¿Qué ocurre?

MARTÍN

Mi tío se casa con Emilia dentro de quince días.

FÉLIX

¿De veras?

MARTÍN

Tan de veras. Y es indudable que Emilia nunca hubiera dado este paso viviendo en armonía con su yerno. Pero comprende que todo arreglo es imposible mientras se obstine en no separarse de Gabriela. Comprende también, que situación tan falsa es insostenible, y decidida á todo trance á intentar la reconciliación, para lo cual cree, con

fundamento, que Enrique exigirá la separación de hija y madre, acepta la mano de mi tío, persona formal y de garantías, como recurso contra la soledad en sus últimos años.

FÉLIX

No está mal pensado.

MARTÍN

¡Si yo no fuera la víctima de tan buen pensamiento!

FÉLIX

¿La víctima?

MARTÍN

¡Digo! ¡La herencia de mi tío perdida!... ¡Mi última esperanza!

FÉLIX

¿Porqué? Su casamiento no impide... No es de suponer que vayan á tener hijos á su edad.

MARTÍN

Seguramente. Pero no importa. Mi tío testa á favor de Emilia antes del matrimonio. Los dos son muy prácticos y han ajustado en regla sus condiciones.

FÉLIX

¡Tiene gracia!

MARTÍN

Solo Enrique puede salvarme. ¡Ayúdeme usted y...

FÉLIX

¿Cómo?

MARTÍN

Reconciliándose con su mujer y su suegra. Tal vez así desista del matrimonio.

FÉLIX

No veo porqué.

MARTÍN

Porque conozco á Emilia, y estoy seguro de que si después de una reconciliación sin reservas vuelve Enrique á su casa y consiente en no separarla de su hija, le faltará tiempo para desistir de la boda y dejar plantado á mi tío aunque fuera delante del cura.

FÉLIX

¡Pero comprenda usted que Enrique!...

MARTÍN

Me consta que le esperan con los brazos abiertos.

FÉLIX

Pero él no se contenta con que le esperen.

MARTÍN

¡Son señoras!

FÉLIX

Por eso mismo no les puede guardar más consideraciones. Espera que le llamen para presentarse.

MARTÍN

¿Podría hablar con él dos palabras?

FÉLIX

Creo inútil cuanto intente usted en ese sentido. Conozco á Enrique. Aunque tarde, he conocido á Gabriela; y créame usted, los matrimonios descompuestos tienen siempre muy mala compostura. Pero éste, ni mala ni buena.

MARTÍN

¡Bah! En fin, por una tontería que no vale la pena. ¿Puedo hablar con Enrique?

FÉLIX

Ha salido.

MARTÍN

No lo creo.

FÉLIX

Gracias.

MARTÍN

No hay de qué. Pero repito que no lo creo. Con todo, no quiero ser pesado.

FÉLIX

¿Se marcha usted? Siento mucho no poder complacerle, pero...

MARTÍN

¡Ya! Tiene usted el encargo de no recibir á nadie. Descuide usted. Hasta dentro de media hora no volveré.

FÉLIX

¿Media hora?... Que usted siga bien. *(Sale Martín.)*

ESCENA II

FÉLIX y ENRIQUE

ENRIQUE

¡Gracias á Dios!

FÉLIX

¿Nos escuchabas?

ENRIQUE

Sí. Afortunadamente, dentro de dos horas no estaré ya en Madrid.

FÉLIX

¿Te marchas hoy?

ENRIQUE

Sí. Arreglados los asuntos que hacían ineludible mi presencia, solo deseo marcharme para no volver nunca.

FÉLIX

¡Nunca!... ¡Pobre Enrique!

ENRIQUE

¡Parece un sueño!

FÉLIX

¡Vamos, vamos!... ¿Serás capaz de amarla todavía?

ENRIQUE

Sí, Félix. Al pronto, su inexplicable conducta, la enormidad misma del desengaño me produjeron más ira que tristeza... El orgullo se dolió más que el corazón... Pero después habló mi conciencia...

FÉLIX

¿De qué te acusa?

ENRIQUE

De ningún crimen, pero sí de muchas imprevisiones.

FÉLIX

¡Bah! De la ciencia de ayer todos somos sabios.

ENRIQUE

Es verdad. ¡Quién había de decirte, cuando aún no hace un año me abrazabas loco de alegría, exclamando alborozado: «¡Buena boda, bribón, buena boda!», que tan buena boda sería mi desgracia, mi remordimiento para toda la vida!...

FÉLIX

¿Remordimiento? ¿Porqué?

ENRIQUE

Porque no soy yo solo el desgraciado. Porque

es indudable que, aunque no como yo, Gabriela sufre también á su modo...

FÉLIX

¡Bah! Y tu suegra el suyo... ¡Si eso te preocupa!... A propósito: ¿te has enterado de sus planes de matrimonio?

ENRIQUE

Era de esperar.

FÉLIX

Como es también de esperar que no tarde mucho en presentarse algún embajador imponiendo ó demandando condiciones de paz.

ENRIQUE

¿Crees?...

FÉLIX

Y lo deseo como tú.

ENRIQUE

No, desearlo, no. Por sincera que fuera en apariencia una reconciliación, siempre dudaré de que no fué por cariño, sino por temor al qué dirán; por respeto á las conveniencias sociales. ¿Qué felicidad será posible entre nosotros? *(Entra un Criado y entrega una tarjeta á Félix.)*

FÉLIX

¿Ves lo que yo te decía?

ENRIQUE

¿Don Cesáreo?

FÉLIX

Embajador extraordinario... Que pase. *(Sale el Criado.)*

ENRIQUE

No quiero verle.

FÉLIX

¡Qué ridiculez! Ya es inútil andar ocultándote. Esas señoras tienen, por lo visto, buena policía, y tu paso por Madrid no ha sido un secreto para ellas.

ESCENA III

Dichos y D. CESÁREO

D. CESÁREO

¡Señores!... ¿Cómo vamos?

FÉLIX

Perfectamente; gracias. Tome usted asiento.

D. CESÁREO

¡Hermoso día!

FÉLIX

Muy hermoso.

D. CESÁREO

¡Gracias á Dios! ¡Mire usted que hemos tenido unos días!...

FÉLIX

¡Horribles! *(Pausa.)*

D. CESÁREO

¡Horribles! Y en Londres ¿qué tal?...

ENRIQUE

Bien.

D. CESÁREO

¡Qué triste es Londres! Quince dias estuve allí y creí morirme de tristeza. *(Pausa.)* ¿Tú has llegado hoy?

ENRIQUE

Hoy.

D. CESÁREO

Y ¿piensas permanecer mucho tiempo en Madrid?

ENRIQUE

(Mirando el reloj.) Una hora.

D. CESÁREO

¿Qué dices?... De modo que... ¡Y yo perdiendo el tiempo, sin saber por dónde empezar! De seguro que habrás adivinado los motivos que me traen á visitarte...

ENRIQUE

Sí, los adivino. Hable usted.

D. CESÁREO

¿Qué he de hablar? Hay ocasiones en que las palabras son inútiles.

ENRIQUE

¡Ya lo creo! Cuando las palabras son malas.

D. CESÁREO

Ante todo, y para que mi intervención no pueda calificarse de entrometimiento, anuncio á ustedes mi próximo enlace con Emilia.

ENRIQUE

Mi enhorabuena.

D. CESÁREO

Ahora, á título de individuo de la familia, creo deber mío interesarme por su felicidad y su buena armonía.

ENRIQUE

De modo que al dar este paso solo obedece usted á sugestiones propias.

D. CESÁREO

Y ajenas, amiguito, ajenas. Como comprenderás bien, si consideras la situación desairada y ridícula en que has colocado á aquellas pobres señoras.

ENRIQUE

Bien á pesar mío.

D. CESÁREO

Y todo ¿porqué?

ENRIQUE

Suplico á usted que no se remonte á las causas que motivaron el rompimiento. Sería muy largo de explicar y no tengo tiempo que perder.

D. CESÁREO

Pero ¿te marchas?

ENRIQUE

Ya lo ha oído usted; esta misma tarde.

D. CESÁREO

¡Imposible! Ayúdeme usted á convencerle. Comprende que... Ayúdeme usted... Gabriela te quiere; Emilia te ofrece condiciones...

FÉLIX

Oye las condiciones...

D. CESÁREO

En primer lugar, señala á su hija una renta anual de seis mil duros, que tú administrarás con toda independencia. En segundo lugar, viviréis en piso distinto, aunque en la misma casa. Además, podréis disponer de un coche solo para vosotros.

Y en fin, sobre todo, creo que mi entrada en la familia debe ser para ti, que sabes lo mucho que te quiero, la mejor garantía de futura concordia.

FÉLIX

¿Quién lo duda?

D. CESÁREO

En fin, ¿qué respondes?

ENRIQUE

Espere usted... *(Llama y sale el Criado.)* Vaya usted á buscar un coche y baje usted mi maleta en seguida. *(Sale el Criado.)*

D. CESÁREO

Me pondrás en el caso de decirte cuatro verdades desagradables.

ENRIQUE

Diga usted cuantas quiera, pero pronto, porque el tiempo urge.

ESCENA IV

Dichos y MARTÍN

MARTÍN

Muy buenas tardes.

D. CESÁREO

¿Tú? Me alegro de encontrarte. Tenemos que ajustar unas cuentas.

MARTÍN

¡Por Dios, tío! Ya te pagaré cuando pueda.

D. CESÁREO

No hablo yo de esas cuentas.

MARTÍN

¿Entonces?...

D. CESÁREO

Sé que, por cuantos medios están á tu alcance, procuras desbaratar mi boda.

MARTÍN

¡Calumnias, tío, calumnias!

D. CESÁREO

Los anónimos que Emilia recibe con frecuencia son tuyos.

MARTÍN

Falso.

D. CESÁREO

Conozco el estilo. Pero todo inútil. A pesar de tus buenas intenciones me caso.

MARTÍN

Mi enhorabuena.

D. CESÁREO

Y te advierto que no pondrás los pies en mi casa.

MARTÍN

Enhorabuena.

D. CESÁREO

Y que he concluído de pagarte deudas.

MARTÍN

Los que han concluído de cobrar son mis acreedores.

ENRIQUE

Conque, señores...

MARTÍN

¿Cómo? ¿Se marcha usted?

D. CESÁREO

¿Te marchas?

MARTÍN

Yo que esperaba...

D. CESÁREO

Yo que creía...

MARTÍN

Sea usted generoso.

D. CESÁREO

Estás destrozando tu vida.

MARTÍN

Y la de Gabriela.

D. CESÁREO

¡Pobre Gabriela!

MARTÍN

¡Pobre muchacha!

D. CESÁREO

¡Vamos, Enrique!...

ENRIQUE

(A Félix.) ¡Vámonos, Félix, vámonos!

FÉLIX

Cuando quieras.

D. CESÁREO

Es decir, ¿que no hay medio?... Está bien *(Sale.)*

MARTÍN

¡Parece mentira! Es decir, ¿que mi amistad no significa nada para usted?

ENRIQUE

¡No, señor, nada! Hemos concluído. *(Sale Martín.)*

ESCENA V

ENRIQUE y FÉLIX

FÉLIX

¿De modo que para siempre? ¡Y yo creía que deseabas más que nadie la reconciliación!

ENRIQUE

Sí, la deseaba. ¡Porque estoy muy solo, porque amo á Gabriela, porque sufro mucho!

FÉLIX

Entonces, si la deseabas...

ENRIQUE

Hace años ya, ¿te acuerdas?, por no sé qué palabras imprudentes, regañamos tú y yo. ¡Parece mentira! ¿Verdad?

FÉLIX

Sí que lo parece.

ENRIQUE

Regañamos y estuvimos quince días sin hablarnos, sin vernos... ¡Qué horrible tormento! Si viniera á verme, me decía yo á cada instante...

FÉLIX

Si me perdonara, me decía yo á cada paso...

ENRIQUE

Yo iría á buscarle, pero el pícaro orgullo...

FÉLIX

Yo correría á arrojarme en sus brazos, pero el pícaro amor propio...

ENRIQUE

Y el corazón habla que habla. Hasta que al fin no pensé más. Corrí á buscarte, y sin hablar una palabra nos dimos un abrazo muy apretado, y echándonos á reir exclamamos á un tiempo: «Qué tontos hemos sido, pero qué tontos». Y la reconciliación estaba hecha para siempre. ¿No es verdad?

FÉLIX

Para siempre.

ENRIQUE

Qué poco necesitamos de embajadores ni de intermediarios. Bastó con nuestro corazón.

ESCENA VI

Dichos y un CRIADO

CRIADO

Una señora pregunta por usted.

ENRIQUE

¿Por mí? Emilia, sin duda. No quiero verla. Saldré por aquí.

FÉLIX

Espera... ¿Si es Gabríela?...

ENRIQUE

No, es su madre, que vendrá á proponerme una componenda para evitar el escándalo.

FÉLIX

Diga usted á esa señora que pase.

ENRIQUE

¿No me acompañas á la estación?

FÉLIX

Espera...

ENRIQUE

No. Todo es inútil. Adiós...

FÉLIX

Un momento... ¿Si fuera Gabriela?... No. Tienes razón, es Emilia.

ENRIQUE

¿Lo ves?

ESCENA VII

Dichos y GABRIELA

GABRIELA

¡Enrique

ENRIQUE

¿Eh?...

FÉLIX

Me burlaba. Márchate, si te atreves.

GABRIELA

¿Té marchas?

ENRIQUE

Sí.

GABRIELA

Pues bien, Félix: haga usted el favor de avisar á mi madre que no me espere. Voy contigo.

ENRIQUE

¡Gabriela!

GABRIELA

¡Ni una palabra; ni una explicación! No quieras avergonzarme. Ya sé que me perdonas... Me per-

donas, ¿verdad? ¡Y yo te amo!... ¿Qué más prueba quieres que ver mi orgullo humillado? Y ¡si supieras cómo se revolvía el infame!... Pero el corazón me ha traído, y ahora sé que hice bien. Y soy dichosa; ¡muy dichosa!... Pero, ¡por Dios, Enrique, dime que tú también lo eres!

ENRIQUE

Sí, Gabriela, ¡muy dichoso! Tanto, que me parece un sueño.

GABRIELA

No; sueño fué lo pasado. Un sueño de mi alma que no supo conocerte, y que hoy te conoce y te adora.

FÉLIX

¿De modo que?...

GABRIELA

Despídame usted de mi madre, que no sabe que he venido aquí. Se afligirá la pobre, pero...

FÉLIX

Padre y madre dejarás por tu esposo. ¡Voy, voy!... ¡Ah, bribón!... ¿Ves cómo habías hecho una buena boda? *(Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

Don. Raoul Pancaldi

3 0112 127857826